

Al revés

Por Fernando Butazzoni

Son varias las teorías que descansan en una idea inquietante, que podría enunciarse más o menos así: en algún momento de la historia hubo un “error civilizatorio” que terminó por torcer el destino de la sociedad humana de forma irreparable. Y junto con esa conclusión, llega la otra: no hay ningún aparato teórico, ningún sistema de pensamiento, ninguna variante que permita modificar un rumbo que tiene visos de catástrofe inminente.

Muchos pensadores se han empeñado en los últimos siglos en determinar cuándo y cómo ocurrió ese traspie civilizadorio y qué consecuencias tendría para el futuro. Otros, en cambio, dedicaron sus vidas al estudio de posibles enmiendas que el decurso de la historia humana admitiría, de cara también a un posible —y mejor— porvenir. Al fin y al cabo, las bases filosóficas tanto del liberalismo como del marxismo, y sus posteriores vertientes doctrinarias, nacieron de esos empeños.

El problema surge ahora, cuando lo que está en entredicho no es una forma de organización social sino el futuro mismo de la especie humana. Relevantes científicos y filósofos han señalado en las últimas décadas que el Hombre, en las actuales condiciones, no tiene muchas oportunidades de sobrevivir. Más allá de los matices escatológicos puntuales, pensadores tan distantes entre sí como Leonardo Boff y James Lovelock, han indicado que las condiciones para la vida no necesariamente están relacionadas con las condiciones mínimas indispensables para el mantenimiento de la vida humana. Dicho en otras palabras: el Hombre, esa creación, se está quedando sin hogar y por lo tanto sin futuro. Habrá vida en la Tierra, tal vez, pero no vida humana.

No se trata solamente de un alerta ecologista, tan a la moda por estos días, sino más bien de una visión holística sobre el comportamiento de la especie. Para muchos, por ejemplo, la amenaza atómica hoy es más fuerte que nunca, porque la cantidad de cabezas nucleares sigue siendo redundante y su manejo es ahora más disperso y, por lo tanto, es mucho más inestable que hace veinte o treinta años, cuando reinaba el estupor de la guerra fría.

Lo novedoso de esas predicciones es que no están vinculadas con las tesis catastrofistas o con las profecías milenaristas que aterrorizaron a poblaciones enteras en otro tiempo. Es del seno mismo de la comunidad académica, científica y filosófica de donde provienen los diagnósticos más oscuros. Son respetadas personalidades de prestigio mundial las que advierten acerca de un próximo colapso. Fue en el siglo XX, en esa época de arrollador empuje científico (y hermenéutico), en que se gestaron y desarrollaron dichas ideas.

Ante la desmesura de estos problemas, todo esfuerzo para evitar el cataclismo parece tan imperioso como inútil. Y sin embargo, aquí y allá aparecen voces que proclaman una cierta esperanza. Son voces dispersas, es verdad, pero cada día son más. Los planteos que se formulan tienen que ver con asuntos disímiles: economía, legislación, política, moral, educación, demografía, astrofísica, retórica y muchos otros. Lo sobresaliente es que hay un elemento que parece unir a todas esas voces en un solo canto, más allá de la variedad de cada nota. Se trata de una postura radical que propugna algo simple a primera vista: la necesidad de pensar todo al revés. En general, la opinión de estos nuevos pensadores puede resumirse en una frase de Majid Rahnema, el economista iraní: “hay que hacer el mundo de nuevo”.

Y pensar al revés significa justamente eso: hacer el mundo de nuevo. Significa diseñar nuevas sociedades, valorar lo intangible, aprender de lo pequeño, integrarse a la diversidad, convivir con lo sagrado. Pensar al revés significa, sobre todo, imaginar. Por ejemplo, imaginar nuevas ciudades en las que el miedo no exista, con más árboles y menos cables, con más espacio para las personas y menos para los automóviles, sin policías ni rejas ni candados, con casas construidas de acuerdo a las necesidades de las familias y no en función del lujo o la penuria económica de cada quien. Y con las nuevas ciudades podremos imaginar nuevos pactos sociales, en los que la libertad individual sea el resultado de un despojamiento comunitario y no la consecuencia del poder adquirido de diversas formas por grupos o individuos. Esos pactos nos harán imaginar la manera de recrear antiguas formas de organización y de gobierno, y hacerlo para que los avances políticos puedan conducirnos, de nuevo, a un punto remoto y a la vez nuevo, previo a la ocurrencia de aquel primer “error civilizatorio”.

Pensar al revés puede ser, digamos, proclamar que el gran problema del mundo y de sus habitantes no es la pobreza sino la riqueza, y que no habrá convivencia ni porvenir mientras exista acumulación de bienes y dilapidación de recursos que nunca son propios, que siempre son ajenos. Al fin y al cabo pensar al revés puede ser, a estas alturas, la única manera posible de imaginar un futuro.